FF 50 188

Hola, buenas noches. Continuáis en la Universidad Nacional de Educación e Instancia y esto es Revista de Filosofía, un programa de la sección de Filosofía de la UNED que coordinan Francisco Martínez y Antonio García Santes Mases. Como os anunciamos, la semana pasada hoy nos acompaña de nuevo Andrés Tornos, catedrático en la Universidad de Comillas de Madrid, que ha publicado hace poco una escatología a la que dedicábamos nuestro programa anterior y de la que vamos a continuar hablando también en este.

Junto a Andrés Tornos están con nosotros Manuel Fraijo, profesor de Filosofía de la Religión de la UNED y Antonio Santes Mases, a quien conocéis de sobra ya todos. Van a tratar, entre otras cosas, el modo en el que todavía es posible mantener la esperanza aún en contextos negativos o de la forma en la que el hombre de hoy vive la muerte. Bien, pues por nuestra parte esto es todo.

Volveremos en veinticinco minutos aproximadamente. Ahora os dejamos ya con Antonio Santes Mases. Buenas noches.

Buenas noches. Tenemos hoy con nosotros a Andrés Tornos, con el que ya compartimos el programa anterior y no podíamos tener mejor invitado para este inicio de curso de esta revista de filosofía de la UNED en estos primeros programas del curso 91-92. En el programa anterior habíamos hablado de un libro reciente de Andrés Tornos, Escatología, y al hablar de este libro habíamos planteado el problema de cuál era el método que Andrés Tornos utilizaba y cuál era el significado que él quería dar a su escatología.

Y ya al final nos habíamos embarcado en una discusión sobre cómo había sido la evolución de los tratados de escatología, de las grandes figuras del pensamiento teológico que se han dedicado a la escatología en el siglo XX. Habíamos hablado de la desmitologización de Mullman, de los intentos de Molman, y casi al final estábamos hablando fundamentalmente de Molman y de Bloch, es decir, de todo el esfuerzo de hacer una justificación del total de la historia, y frente a esa idea de poder reasumir una visión global de la historia, bueno, pues lo que significa la fragmentación de la que partimos, la aspiración a una unidad, pero esa aspiración la podemos ya de alguna forma validar, reconducir con seguridad en los proyectos terrenos, o más bien tiene que quedar como algo más suelto. Este era un poco el planteamiento que hacíamos el día anterior, y quizás para continuar ese tipo de planteamiento es donde yo te haría una primera pregunta.

A mí me parece que está muy claro en todo el esfuerzo que tú haces, la crítica a la visión individualista, privatista, de lo que han sido las escatologías, es decir, yo creo que tú ahí insistes mucho en las formas de vida, recreas contextos socioculturales, planteas el tema de los encuentros en formas de comunidad, no quieres que sea una cosa puramente, digamos, privatista, casi una muñana, es decir, de que lo que eran los contenidos de las escatologías, la muerte, el juicio, el infierno y la gloria, quede como una pura hambre de inmortalidad

individual, rabiosamente individual, de mi propio individuo. También, sin embargo, criticas mucho los esfuerzos de complementación entre lo humano y lo divino, la divinización del mundo, la humanización de Dios, es decir, los esfuerzos a los que han dado lugar por todos estos intentos de encontrar ya un camino claro, nítido, eficaz, de instalación del reino de Dios en la tierra, o de por lo menos de que el reino de Dios en la tierra ya comience a aparecer. Entonces, la pregunta que uno se hace es, lo tuyo entonces no queda como algo excesivamente suelto, excesivamente suelto donde esa comunidad que pueda recrear esos significados originarios, tiene que abrirse a una experiencia gratuita.

Sí, efectivamente, mi manera de creer en la esperanza en Dios, pues, es una manera muy convencida de que no la puedo apoyar últimamente sobre mucho mío, que tengo que apoyarla en encuentros, dicho de una manera, por así nombrarlo, humana, o en la gracia, o sea, lo gratuito de Dios, dicho de una manera teológica. Creo que esto queda suelto y unido a mucho no saber. Yo reconozco que es que muchas cosas, muchísimas cosas no sé, además es que me parece que es que sería bueno para nosotros los humanos darnos cuenta de que mucho no sabemos, pero por otro lado, tanto los encuentros con Dios en la humanidad, como los encuentros con otras personas, me parece que nos muestran siempre ese camino de nuestra vida, que es el no vivirla como si fuéramos nosotros unos individuos aislados.

Se habla ahora de la crisis del sujeto, bueno, claramente es verdad que nadie existe como ser aislado, y por eso voy yo mucho contra el individualismo, porque Rolf dijo en un libro ya antiguo, de una manera muy bella, que cada uno de nosotros está constituido por sus prójimos, y me parece que el sacar a luz eso es muy importante. Nos hacemos la ilusión de que lo que pensamos es nuestro, y lo que pensamos lo hemos recibido con otros, y nos hacemos la ilusión de que nuestro futuro es nuestro, y no tenemos futuro si no es con otros. Cuando pensamos esa esperanza de Dios, de triunfar sobre la muerte, si la pensamos como cosas particular, estamos pensándola de una manera completamente falsa, que no se corresponde con lo que ya vamos sabiendo acerca de nosotros mismos.

Barthes tuvo la picardía, como es un autor en el fondo tan humorista con su fuerza analítica, de analizar en una de las novelas realistas francesas todos los pasajes que trataban de las ocurrencias más íntimas de sus personajes, y lo que encontré Barthes es que las ocurrencias más íntimas de sus personajes eran siempre de una vulgaridad espantosa que las tenía cualquiera, y mucho más vulgares que las ocurrencias poco íntimas. Yo participo un poco de eso, estamos hechos por los otros y vamos a dejarnos de esa ilusión de la individualidad. Ahora, si nos dejamos de esa ilusión de la individualidad, no podemos pensar la esperanza sino con otros, con esos otros de los que estamos hechos, ¿no?, para bien o para mal.

Andrés, quisiera hacerte dos preguntas. La primera te va a resultar probablemente muy existencialista, pero yo la vivo así. Me acaban de pedir un artículo para un número de una revista que se titula Después de la guerra qué, después de la guerra del golfo, y el artículo tiene que ser sobre la esperanza.

Y yo me puse el otro día a hacerlo y me encontré con que hay pensadores que prohíben la esperanza. Por ejemplo, Adorno dice que después de Auschwitz la esperanza puede ser un crimen, dice literalmente Auschwitz ha privado de su derecho a toda voz de las alturas, aunque sea teológica. Es conocida esta posición de Adorno, que no puede haber más poesía después de Auschwitz y todo eso.

Y al mismo tiempo me di cuenta de que los mejores libros sobre la esperanza están escritos a raíz de la Segunda Guerra Mundial, gente que había hecho la experiencia del dolor y del sufrimiento en los frentes. Me refiero a Bloch con su principio de esperanza, que lo escribe en esa época, en la Segunda Guerra Mundial, en el exilio. Me refiero a Tillich, que escribe el coraje de existir precisamente en esa época, en la Segunda Guerra Mundial.

Me refiero al muchacho Molman, que entonces era un muchacho, y que él dice que allí fraguó, se fraguó, en un campo de prisioneros inglés, se fraguó su teología de la esperanza. Es decir, me encuentro con que en nombre del dolor y en nombre de las víctimas unos dicen no hablemos de esperanza, y otros han producido, pues, las mejores obras, pienso, que tenemos hoy sobre la esperanza. Entonces yo me preguntaba qué valor tiene esto de las víctimas, cómo nos tiene que influir a la hora de pensar la esperanza.

Adorno dice que en el fondo el esfuerzo filosófico de Kant iba orientado a evitar la desesperación, y que precisamente por eso se atreve con sus postulados de la libertad de Dios y de la inmortalidad, precisamente para evitar esta desesperación. Yo te preguntaría, ¿las víctimas nos prohíben o nos posibilitan el hablar de la esperanza? Recuerdo que Metz tiene una frase que a mí siempre me ha hecho Tillich, que dice, nos decía en clase, cuando os encontréis con una teología pensad si esa teología podría ser la misma antes y después de Auschwitz, y si es la misma tener cuidado con ella. Decía, te pregunto, ¿cómo nos influyen las víctimas? O más concretamente, tú, después de los 200.000 muertos de Bangladesh, ¿tu escatología sería la misma? Te lo digo porque me acuerdo, por ejemplo, de Lisboa, el terremoto de Lisboa hace 250 años.

Murieron 30.000 personas, y aquello cambió por completo la faz filosófico-teológica de la época. Era una época de racionalistas empedernidos y de optimistas empedernidos, que se basaban todos en la filosofía y en la teología del eipniste, que este mundo era el mejor de los posibles, y volver a partir del terremoto de Lisboa se convierte en un racionalista desesperado, y tantos otros abandonan esa filosofía. Fue una auténtica conmoción.

Yo estos días pensaba, ¿cambiará alguien su sistema filosófico o teológico por los 200.000 muertos de Bangladesh, por la guerra del Gorfo, por el pueblo kurdo, que lo estamos viendo de esa forma tan salvaje, carente de todo, enterrando sus niños a ras de tierra, porque ni siquiera pueden profundizar en la tierra? ¿Tu escatología se conmueve algo con estas cosas? ¿Sería la misma antes y después? Me callo. A mí el el modo de pensar la escatología que tendría después de recordar todos estos hechos no cambiaría, no cambiaría. Seguiría siendo una teología de la esperanza en el no saber, y sobre todo seguiría siendo una teología de la esperanza basada en

la cruz y la resurrección.

En un bello pasaje de su libro El Dios Crucificado, creo que es, Molman dice, la muerte de Jesucristo en la cruz abre para los creyentes todas las posibilidades del futuro. Molman escribe eso con conciencia de Auschwitz, además lo ha recordado al principio de El Dios Crucificado, y creo yo por eso que no hay esperanza cristiana, y ya lo recalco yo ahí, sino es contando con la teología de la muerte de Jesucristo. No podemos pensar la muerte de Jesucristo como algo que ocurre de una manera como mitológica, estética, una bella tragedia de una vida que ya estaba todo previsto.

Si es verdad lo que algunos dicen sobre el Evangelio de Marcos, y bien pudiera ser verdad, la primarísima redacción, o el primer, el grupo de tradicciones primero, pues terminaba las narraciones relacionadas con Jesús con el gran grito que da en la cruz y la muerte. Y eso es lo que queda de Jesús si no sobreviene la fe de la resurrección. La fe de la resurrección no es simplemente un decir, bueno, era hijo de Dios, pues tenían que resucitar.

Incluso la Carta a los Romanos de San Pablo piensa que es por la resurrección por lo que ha quedado constituido como hijo de Dios. Y esa frase hay que tomarla en toda su fuerza. No se pueden tomar las palabras de Jesús como inspiradoras de esperanza si no se toma con ellas el compromiso de Dios para resucitar.

Esto es una locura, una completa locura, y en este sentido, bueno, en el libro de escatología me refiero a la idea de de Bultman, de la teología de la cruz, que es bien distinta de la que nosotros solemos tener. La manera como Bultman lo entiende, muy dentro de la tradición protestante, es que la fe cristiana no se basa en la sabiduría de Jesús y en lo bien que habla él sobre el mundo, ni se basa tampoco en los signos o milagros de Jesús y que demostró haber sido con eso superior al mundo. Ese fundamento de la esperanza sería fundarla en una teología de la gloria.

La teología de la gloria, de la gloria de Dios o de la gloria del hombre, esas no bastan ante los grandes dolores y horrores del mundo para fundar la esperanza. Solamente basta una teología de la cruz. Es la que se basa en atravesar la muerte, esa bajada en los infiernos de que habla el Nuevo Testamento varias veces.

Con esto digo algo que realmente pues suena extraño, porque es muy extraño, y en eso a mí me parece que la penetración de Bultman es muy seria. ¿Qué teología de la esperanza tenemos? Una teología basada en la gloria, es decir, basada en alguna forma de sabiduría o en alguna forma de poder cósmico, o relacionamos la teología con algo completamente distinto. A mí me parece que la manera como piensa el Nuevo Testamento en Pablo y también en Juan, y también en Juan, pues lo que nos dice que tiene que ser una teología de la cruz.

Os diría mi perspectiva personal. Mi perspectiva personal, a lo mejor es un poco ridícula, pero es como lo pienso. A mí, más que Bangladesh y más que Auschwitz, me impresionan el millón de años aproximado que debió de haber entre los orígenes de la humanidad y el momento en

que la humanidad emerge a la historia, que se hace nada.

En realidad, la humanidad emerge a la historia cuando se inventa la agricultura y es entonces cuando los hombres dejan de ser, con perdón, una especie de bichos miserables. ¿Cómo puede un Dios haber hecho a esta raza, que está, quién sabe cuánto, pueden ser hasta tres millones de años, siendo una horda de bichos, pues para emerger mediante la agricultura a una mínima satisfacción de necesidades, que además enseguida lleva consigo el desarrollo de unos poderes totalmente tiránicos. Entonces, a mí eso me parece que es una cosa tremenda, y digo yo, y de todas maneras, y de todas maneras, podemos creer en el Dios de quien se dice que creo a eso.

Quizá eso se complementa en mí con otra cosa, otra cosa que a lo mejor es un poco loca y un poco absurda, pero en fin, lo voy a decir ya que estoy diciendo locuras ahora. ¿Te has referido al terremoto de Lisboa? Tú recordarás que Rousseau, frente a todos los demás, dice que no tiene nada en particular el terremoto de Lisboa, que es una cosa natural, que se ha movido la tierra y que se han muerto los hombres y que esto es una cosa natural, y que no tenían por qué no morirse, y que eso no atañe nada al hacedor. Pues la verdad es que yo pienso un poco así.

Los seres humanos, pues no somos nada y no somos nadie, y no tenemos prometido nada cuando nacemos, no tenemos prometido absolutamente nada. Los seres humanos, si en algo tenemos un valor y una vida y una dignidad, es en función de unos cuantos hechos de la vida que irradian ese valor y esa dignidad. En alguna parte de mi escatología digo que no podemos arrancar nosotros de la dignidad del hombre, de la inteligencia y de la razón del hombre, sino que esto es un punto de llegada, no un punto de partida.

En eso me siento muy darwiniano, o sea, muy de Darwin. La razón no está al principio de la humanidad, sino al final, si es que llega, si es que llega. Entonces, ¿de dónde saca su valor la vida humana, mi vida en concreto? Vuelvo a lo mismo de los encuentros.

Añadiría también la cuestión de los placeres. La vida humana vale porque se goza, o sea, frente a las ideas de que no merecería la pena crear un hombre que luego se muere o que luego sufre, yo lo que pienso es que vale la pena, pues, crear a un ser humano que ha gozado con un vaso de agua fresca, o haciendo el amor, o encontrándose con un amigo, aunque luego pase lo que pase, aunque luego pase lo que pase. Pero, en fin, reconozco que con esto soy a lo mejor un poco loco, pero lo que tenemos en la vida es eso.

Estos días los curas estamos leyendo el libro del Eclesiastes, que alguien ha dicho, por cierto, en una recensión de mi libro, que lo que yo soy es Coelet. Los que conocen lo bíblico saben que Coelet es el autor del llamado libro del Eclesiastes, y que el libro del Eclesiastes dice que quién sabe lo que pasa con los hombres, que lo único que hay que hacer es gozar en esta vida moderadamente, para que no le vengan a uno muchos desastres, y bendecir a Dios por ello, y quién sabe dónde vamos después, y que lo que uno tiene que hacer es comer bien, beber bien, y, pues, gozar del cariño de sus ojos, es la manera de nombrar la vida a las mujeres, ¿no? Y eso es lo que dice el Coelet. Alguien ha dicho que yo, en mi estatología, soy Coelet.

Hay una cosa que yo quería comentar, porque nos quedan pocos minutos, es decir, que a mí me parece apasionante cómo lo tratas en el libro, y que en relación a lo que te preguntaba Manolo antes, me parece muy bien expresado a nivel sociológico cómo se vive la muerte en la modernidad, o por lo menos en las sociedades actuales. Tú explicas ahí muy bien esa mezcla que tenemos entre estar ante el televisor viendo, efectivamente, los terremotos, o viendo los atentados terroristas, o viendo tal cantidad de cosas, que más bien la mentalidad contemporánea, yo creo, tú eso lo ves bien, entiende que son fruto de una mala organización social, económica, política, es decir, que más bien cuando plantea un culpable, pues busca quién es el responsable político, el enemigo, el que ha ocasionado tal tipo de conflicto, pero entonces lo que ocurre en ese planteamiento, ya vamos terminando, es el, tú dices muy bien, vemos la muerte a través de esa muerte extentoria que aparece en la pantalla, después vemos también muertes que están al final de una vida, cuando por ejemplo tú explicas muy bien las formulaciones cotidianas, ha sido una vida llena, pero después también aparece la muerte traumática, la muerte del inocente, la muerte del niño de seis años, la muerte del joven de 17, y entonces a ese que se le dice, y ahí es donde veo yo la enorme dificultad, es decir, yo creo que está muy bien explicado en el libro, de cómo se le puede, al que ya previamente todo eso lo ha privatizado, no está acostumbrado a hablar de eso, conectarle con un encuentro, una experiencia tan lejana, aunque se pueda reescribir la historia y mostrarle los distintos contextos socioculturales que se han dado en aquel momento y que se han dado desde aquel momento, es ahí donde veo yo que hay una enorme dificultad, porque mucha gente que dice, bueno, qué palabra existe ahí, entonces ahí es donde veo yo, que está muy bien captado, esa enorme dificultad de poder contestar, dar una palabra en un momento de ese tipo. Bueno, simplemente diría que para muchas cosas de estas yo no sé, ni mi libro resuelve todas las cuestiones, ni yo para mí mismo las tengo resueltas, confío, eso es todo.

Muy bien, bueno, pues tenemos que agradecer a Andrés Tornos la cantidad de reflexiones suscitadas en estos dos programas, en los que en un momento determinado hemos recordado al Sartre de la crítica de la razón dialéctica, al final hemos recordado a la Eclesiastes, hemos tenido, como estaba Manuel Freijoey, inevitable, una referencia a Adorno y a Auschwitz, y también hemos hablado de lo que significa la sociología, la muerte en la sociedad actual. Nada más, sino agradecer a Andrés Tornos su presencia aquí en estos dos programas y decir que seguiremos tratando su obra porque será objeto de muchas reflexiones en otros próximos programas que nosotros hagamos, siempre colateralmente aparecerá esta obra de escatología tan importante de Andrés Tornos. Nada más y muchas gracias.

Bueno, pues como siempre se nos ha acabado el tiempo. Gracias a Andrés Tornos de la Universidad de Comillas de Madrid por estos dos programas que ha compartido con nosotros para tratar el tema de la escatología. Gracias también a Manuel Freijoey y Antonio Santes Mases.

Por nuestra parte nada más. Ahora os dejamos ya con acceso, pero no olvidéis que el miércoles próximo estaremos aquí a la misma hora.